

## MISA CRISMAL

LAS PALMAS, 3 DE ABRIL DE 2007

Mi querido Hermano Ramón, Obispo, que anduviste antes que yo por los caminos y las olas de estas Islas, por las sendas del corazón de mis hermanos, míos y tuyos. Mis queridos Hermanos Presbíteros y Diácono, Consagrados y Laicos.

Un poco más de Ustedes yo, y un poco más míos Ustedes, por el paso de un año, y ojala que un poco más del Señor todos, damos gracias a Dios por poder festejar juntos la presencia del amor de Dios en nosotros, por la luz y la fuerza de su Espíritu. Este Espíritu, *su amor en nuestros corazones* (Rom 5, 5), nos hace y nos modela; nos configura con su Hijo por el Bautismo, nos hace sus testigos en la Confirmación, transforma el pan que nos alimenta y nos hace Cuerpo del Señor; perdona nuestros pecados por la absolución de las manos ungidas, nos fortalece en la enfermedad; nos conforma como transparencias de Cristo Pastor, Cabeza y Esposo de la Iglesia, hace a un hombre y a una mujer signos del amor esponsal de Cristo y de la Iglesia.

La riqueza de los Sacramentos es la riqueza de la Iglesia porque es la riqueza de la acción de Dios en ella. Y en los Sacramentos se manifiesta y se hace eficaz la acción del Espíritu que obra en ella continuamente. La Misa Crismal es una bellísima catequesis y una hermosa celebración de esta unción del Espíritu que mantiene viva y vigorosa a la Iglesia.

Acabamos de escuchar las palabras que el Señor Jesús nos dirige a nosotros ahora: *'Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír'*. Mis queridos hermanos, no son palabras que recordamos del pasado, sino voz presente del Señor resucitado. Cuando se proclama en la Iglesia la Escritura Santa, Dios habla con su pueblo, Cristo anuncia la Buena Noticia (cf. SC 7 y 33).

En esta Misa Crismal, aquí y ahora, Cristo dice a su pueblo que le unge permanentemente con su Espíritu y que le envía a anunciar 'el año de gracia', la nueva y permanente oportunidad que Dios nos abre para vencer nuestro pecado, animar nuestros miedos y alentar nuestras cobardías.

En esta Misa Crismal, Cristo nos dice de una manera especial a nosotros Sacerdotes: *'Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír'*. Es Cristo mismo el 'año de gracia', es Cristo mismo la 'gracia', el 'amor de Dios' que se anuncia, se manifiesta, se cumple y se hace presente. Como un eco de estas palabras de Jesús resuena la voz de Pablo a su discípulo Tito: *'ha aparecido la gracia de Dios', 'se ha manifestado el amor de Dios al hombre'* (Tit 2, 11; 3, 4).

A cada uno de nosotros, queridos Sacerdotes, nos dice hoy el Señor: 'ese Amor de Dios manifestado y presente en mí, se cumple hoy en ti. Sí, se manifestó mi amor a la gente el día que te elegí, te consagré y te envié como epifanía y transparencia de mi amor de Pastor y de Esposo. El día de tu Ordenación, cuyo significado, compromiso y tarea hoy agradeces, acoges una vez más y renuevas, te puse en medio de las gentes como Sacramento de mi Amor. Sí, se manifestó y se manifiesta y hace presente mi amor a la gente cada vez que tú entregas tu vida, amando a todos con mi amor'.

Mis queridos Hermanos Sacerdotes: el amor que debemos a nuestras gentes no es un adorno del ministerio para realizarlo del modo más amable y humano, no es una estrategia de dinámica de grupo. El amor que debemos a nuestras gentes es la esencia misma del ministerio que Cristo nos confía, porque nos quiere a nosotros y confía en nosotros, y porque quiere a la gente. Para describir este amor, el lenguaje de la Iglesia no duda en utilizar el más expresivo vocabulario matrimonial. Es que se trata –como decía la Exhortación *Pastores dabo Vobis*- de ‘*ser testigo del amor de Cristo como Esposo y, por eso, ser capaz de amar a la gente con un corazón nuevo, grande y puro, con auténtica renuncia de uno mismo, con entrega total, continua y fiel, y a la vez con una especie de "celo" divino (cf. 2 Cor 11,2), con una ternura que incluso asume matices del cariño materno, capaz de hacerse cargo de los "dolores de parto" hasta que «Cristo no sea formado» en los fieles’ (cf. Gál 4, 19) (PDV 22). Merece la pena repetirnos y repetirnos estas palabras una y mil veces, y examinarnos del amor a nuestras gentes.*

Hoy no renovamos unas promesas formales, una disposición genérica. Renovamos algo tan serio y tan fundamental como el amor a Jesucristo y el amor a la gente. Ni siquiera somos nosotros en realidad quienes renovamos nada. Es el Espíritu quien nos renueva hoy. Es el Espíritu quien renueva en nosotros el amor. Y corrige nuestra frialdad, nuestro distanciamiento, nuestra lejanía, nuestra infidelidad, nuestra dureza, nuestros olvidos, nuestra falta de solicitud, nuestro interés egoísta, nuestra desunión... y los puntos suspensivos que cada uno puede llenar.

Como recordaba en nuestro último Retiro de Cuaresma, Cristo resucitado sólo confía sus ovejas a Pedro una vez que éste ha aprendido a verse a sí mismo con los mismos ojos de Jesús y se ha abandonado a su mirar, su saber y su amor. Aun después de todas las debilidades, desde la presuntuosa comparación con sus hermanos hasta la negación más manifiesta, lo que está realmente en juego es el amor. Siempre es posible renovar el amor. ‘*Señor, tú sabes que te amo*’. Ya no se compara con nadie, y ya no confía en ningún juicio sino en el del Señor. ‘*Señor, tú sabes que te amo*’. Pedro recibe la misión del pastoreo cuando confiesa su amor al único Buen Pastor. Suyas son las ovejas, suya la misión, suyo el amor que Pedro tiene que manifestar.

Queridos Sacerdotes: no pastoreamos legítimamente sino cuando amamos a las ovejas de Cristo, cuando tenemos y aplicamos en nuestra vida toda, y no sólo en las actuaciones ministeriales, los criterios, la mirada de Cristo Pastor, los sentimientos de Cristo, realizando sus obras y amando como Él nos ama y como Él ama a sus ovejas. El **ser** sacramental recibido, la **actuación** ministerial, y la **vida** de cada día y de cada momento del día, no pueden estar en desacuerdo. No somos Pastores sólo cuando ejercemos el ministerio. Somos Pastores siempre y en todo momento. No somos Testigos y Amigos del Esposo sólo cuando ejercemos el ministerio. Somos Testigos y Amigos del Esposo siempre y en todo momento.

Un aspecto fundamental no debemos dejar de subrayar hoy, ni los fieles, ni los pastores. El sitio justo de la Misa Crismal, que celebramos anticipadamente el martes para facilitar la participación y las tareas pastorales de estas fechas, es el Jueves Santo por la mañana: el Día del Amor, el Día de la Eucaristía, el Día del Sacerdocio.

Jesús inicia el ministerio público en la sinagoga de Nazaret anunciando el cumplimiento en él del anuncio del Año de gracia del Profeta. ¿Qué gracia mayor, qué don más grande que el que nos hace Cristo inseparablemente en la Última Cena y en la Cruz? Él hace presente su entrega por amor, y aún hoy se sigue entregando, poniéndose literalmente en nuestras manos. Él entrega su presencia permanente para siempre por amor.

El Santo Padre Benedicto XVI lo está poniendo constantemente de relieve desde el inicio de su Pontificado. Su primera Encíclica fue dedicada a hablarnos del Amor de Dios, del Amor que es Dios. Y el título de su primera Exhortación Apostólica, escogido con toda precisión con las palabras de Santo Tomás, subraya este doble interés: *Sacramento de la caridad, la Santísima Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre. En este admirable Sacramento se manifiesta el amor «más grande», aquél que impulsa a «dar la vida por los propios amigos» (cf. Jn 15,13). En efecto, Jesús «los amó hasta el extremo» (Jn 13,1).* (SacChar 1).

Hacer presente el Amor de Cristo a la gente, ser testigos de su Amor, es inseparable de esta manifestación de su Amor que se nos da en la Eucaristía. Creo que podemos afirmar que debemos dejarnos cuidar mejor por la Eucaristía, dejarnos modelar mejor por la Eucaristía. Y debemos cuidar mejor la Eucaristía, y cuidar mejor el lugar de la Eucaristía en nuestra propia vida y en la vida de la comunidad cristiana, en la vida de la gente a la que servimos. Seguramente hasta podemos hacer en paralelo nuestro examen de amor a la gente, y nuestro examen de amor a la Eucaristía. Seguramente hasta podemos encontrar en los dos ámbitos los mismos entusiasmos y la mismas lagunas.

*Jesús nos enseña en el sacramento de la Eucaristía la verdad del amor, que es la esencia misma de Dios. Ésta es la verdad evangélica que interesa a cada hombre y a todo el hombre.* (SacChar 2). E interesa muy singularmente a nosotros, Sacerdotes, que tenemos por misión manifestar a la gente que la queremos de verdad, hasta olvidarnos de nosotros mismos.

Es por esta relación profunda entre la Eucaristía, el Ministerio Sacerdotal y el Amor, que es su contenido esencial, por lo que el Santo Padre habla de “*la forma eucarística de la existencia cristiana*” que “*se manifiesta de modo particular en el estado de vida sacerdotal*”. Por ello nos recomienda “*la celebración cotidiana de la santa Misa, incluso cuando no hubiera participación de fieles... Si la santa Misa se vive con atención y con fe, es **formativa** en el sentido más profundo de la palabra, pues **promueve la conformación** con Cristo y consolida al sacerdote en su vocación*”. (SacChar 80). Es muy importante que prestemos atención a este concepto de formación, verdadera y exquisitamente bíblico. Dios nos plasmó como criaturas suyas para que fuéramos imagen suya en el Hijo. Por su Espíritu nos configura con Cristo, el Ungido, como Hijos en el Bautismo, y como Pastores en el Orden Sacerdotal. En la Eucaristía y por la Eucaristía nos va dando forma, nos va **conformando** día a día en criterios, en sentimientos, en obras a quien es la manifestación del Dios que se entrega por Amor, el Señor Jesús.

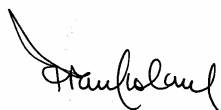
Doy gracias a Dios, queridos Hermanos Sacerdotes, por Ustedes, por el testimonio de sus vidas, por su dedicación y entrega, por el amor con que tratan a las

gentes, por el amor que profesan a la Eucaristía. Les pido perdón por mis faltas de testimonio, y por las ocasiones en las que se hayan sentido menos amados por mí en mi servicio a la Comunidad cristiana y al Presbiterio.

Doy gracias a Dios por las vocaciones que suscita en nuestra Iglesia de Canarias, y singularmente por las que hoy empezamos a reconocer admitiendo a algunos hermanos como Candidatos a las Sagradas Órdenes. Invito a todos a asumir la tarea de la propuesta vocacional y la oración por las vocaciones como uno de los trabajos y uno de los compromisos preferenciales hoy.

En esta Eucaristía, llevo en la memoria agradecida del corazón los nombres de los Hermanos Sacerdotes enfermos, de los que no han podido estar hoy con nosotros y de los que trabajan lejos de nuestras Islas sirviendo a otras Iglesias hermanas. Recordamos especialmente a nuestros Obispos y Sacerdotes que descansan en el Señor. Y recordamos también a los Hermanos que ya no están con nosotros en el ministerio.

Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo y de amor a todos.

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Humberto". The signature is written in a cursive style with a long, sweeping flourish at the beginning.